

## Versos desde Bangladesh

No me da vergüenza afirmar que yo de joven siempre quise ser poeta. Luego decidí estudiar derecho y, tras ejercer algunos años la abogacía, acabé ganándome una silla de magistrado. Por muy prosaico que pueda parecer a primera vista el oficio, bien es sabido que la poesía ronda todos los rincones del hombre y siempre, aunque sea de las formas más acrobáticas e inescrutables, logra abrir sus caminos. Da fe de esto el caso de un español anónimo asesinado en una callejuela de Daca, la capital de Bangladesh, cuya administración, tras incontables trámites y peripecias, llegó un día hasta mi juzgado. El escueto informe que nos mandaron desde allí decía, entre otras cosas, que de ningún modo podía tratarse de un turista y que el sujeto parecía vivir en la indigencia. El hombre carecía de cualquier documento acreditativo y tan solo pudo determinarse su procedencia gracias a que llevaba tatuado sobre la espalda, en castellano: “*Tiene acero. Acero y plata de luna, al mismo tiempo*”. El solo hecho de que un bengalí lograra identificar el idioma y, más (mucho más) increíblemente todavía, que las autoridades correspondientes adivinaran que la cita pertenecía al primer poema de *Platero y yo*, lo que asociaba de manera inequívoca al difunto con España — ¿porque cómo mejor iba a acordarse de su tierra, un español perdido por el mundo, que con la evocación del famoso burro de Moguer?—, ya se me antojó como un inconfundible guiño del ente poético<sup>1</sup>.

---

1 Sobre qué demonios es eso de “el ente poético”, yo mismo albergo serias dudas.

Entre los objetos personales que nos tramitaron los bengalíes había un lapicero, un par de billetes de tren y un cuaderno bastante ruinoso que resultó ser una suerte de diario. Desafortunadamente, el cuaderno había quedado empapado en sangre y tan solo pudo rescatarse una minúscula fracción de su contenido. Aún así, gracias al cuaderno constatamos varias observaciones notables. En primer lugar, el individuo era o decía ser filósofo, puesto que a modo de título rezaba: *“Diario de un filósofo”*. Aquí nuevamente me recorrió un escalofrío, porque —por mucho que Platón nos condenara al destierro— a mí siempre me ha parecido que filosofía y literatura van de la mano. También averiguamos que efectivamente se trataba de un sintecho y que profesaba una especie de degradación del pensamiento budista, el cual le había impulsado a vagabundear por diferentes recovecos del planeta en busca de una iluminación, o sucedáneo de iluminación, cuya naturaleza no quedaba recogida en las pocas páginas legibles.

En cuanto al asesinato, se produjo de madrugada, en una calle angosta y mal iluminada, a manos de dos personajes, según las pesquisas policiales, que jamás fueron identificados ni ajusticiados. Lo encontraron dos agentes urbanos que hacían guardia por las inmediaciones, cuando aún agonizaba. Murió allí, en el suelo, mientras esperaba la ambulancia. El instrumento del delito fue un puñal de veintiún centímetros, once centímetros la hoja, que quedó clavado en el estómago del español y que también nos enviaron por correo (¡puñeteros bengalíes; solo hubiera faltado que metieran al muerto en un sobre y lo tiraran al buzón!). Las deducciones concernientes al caso, eso sí, las dejaron para nosotros.

Ya he dicho que yo soy o fui un letraherido, así que enseguida imaginé con toda viveza el fatídico encuentro —la funesta encrucijada, diría Lorca— entre el muerto y dos grandes sacerdotes de alguna secta filosófica, el homicidio por oscuras razones (muy probablemente: la protección de un desentrañado secreto del universo) y el sagrado ritual del apuñalamiento. Por supuesto, y así lo reflejé en mi informe final, los verdaderos responsables fueron dos asaltadores que no se entendieron con el asaltado, que le acuchillaron para registrar sus bolsillos (naturalmente, vacíos) y luego tuvieron que huir sin tiempo a recuperar el arma.

Extraoficialmente, gracias al parte de los agentes que lo encontraron y a cierta capacidad de deducción, pude reconstruir con relativa facilidad el resto de la historia. El hombre, inspirado en mayor o menor grado por las enseñanzas del príncipe Siddhartha, había abandonado su vida, su país, su profesión, para perseguir por todos los medios la iluminación. Sin embargo, los numerosos saberes conquistados y las muy diversas vías probadas resultaron inútiles. Entonces se entregó al fracaso y continuó a la deriva por las tierras de Asia. El día de su fin deambulaba por las calles de Dacca, sumido en esa agrídulce resignación, cuando se topó con los mencionados asaltadores. Se produjeron los inevitables gritos, el torpe desencuentro lingüístico, la confusión, el forcejeo y el cuchillo que entra sin escollos en la carne para la que fue forjado. En aquel momento salió el sol sobre Dacca. En su creciente charco de sangre tibia el hombre pensó —no me cabe duda— que deben existir dos acepciones para el término Buddha (ambas idénticas entre sí): iluminado y difunto, difunto e iluminado. Y cuando ya se moría, exclamó no sin ironía o admiración: *“¡Cuántos apuñalados habrán hallado la*

*verdad en el filo de su cuchillo!*". Algún oficial bengalí dotado de inesperada sensibilidad poética tuvo a bien recoger el epitafio en el informe policial.

Eloy Martínez